

Román SÁNCHEZ CHAMOSO, *Los fundamentos de nuestra fe (Trayectoria, cometidos y perspectiva de la teología fundamental)*, Ed. Sigueme, 1981, 361 pp.

Este libro es una buena respuesta a la situación de demanda actual de una nueva apologética. Todos son unánimes en denunciar los planteamientos obsoletos de la apologética clásica, pero son contados los que van más allá de la denuncia destructiva, meramente negativa.

R. Sánchez Chamoso tiene el mérito de recoger en el presente libro lo salvable de la apologética tradicional (su propósito de justificar desde la razón la fe cristiana) y de insertarla en una renovada teología fundamental como uno de los dos momentos esenciales de la misma:

«En los diccionarios teológicos se tratan, por separado y por autores distintos, los términos 'apologética' y 'teología fundamental'. El problema está planteado más bien como distinción de *funciones* y en este sentido se insiste en la diferenciación. En la fe se puede distinguir fácilmente la necesidad de una fundamentación. La opción metodológica más corriente pasa hoy por atribuir ambas funciones a la teología fundamental renovada, que consta así de dos momentos diferenciados»... (p. 173).

El autor traza asimismo en el libro los ejes estructurantes que constituyen los grandes temas del programa de la nueva teología fundamental: 1. Una epistemología y metodología de la teología como ciencia; 2. Un tratado teológico sobre la revelación; 3. Un tratado sobre la fe como respuesta del destinatario (todo hombre) a la invitación de Dios que se automanifiesta; y 4. Diversas cuestiones de teología fundamental relacionadas con los tratados teológicos particulares.

El libro de R. Sánchez Chamoso —no obstante las repeticiones que se observan en el desarrollo de su contenido—

es un instrumento muy válido y valioso para que el profesor de teología muestre a sus alumnos principiantes la originalidad, trascendencia y características de la revelación cristiana.

Eduardo MALVIDO

José Ignacio GONZÁLEZ FAUS, *Clamor del reino (Estudio sobre los milagros de Jesús)*, Ed. Sigueme, 1982, 214 pp.

El libro aborda el estudio de la actividad taumatúrgica que los *evangelios* atribuyen a Jesús.

González Faus saca a relucir desde el principio las dos mentalidades que subyacen en el estudio de los milagros: la mentalidad apologética del siglo XIX (que entiende el milagro como la prueba científica —por su transgresión de las leyes naturales— del origen divino de alguna acción) y la mentalidad bíblica (según la cual, el milagro consiste en que determinados hechos permiten al hombre descubrir —dentro de la immanencia de las leyes de la naturaleza— la manera singular de ser que tiene Dios). González Faus presenta seguidamente el material taumatúrgico de los *evangelios* en el que Jesús aparece como sujeto agente (un total de 32 relatos de milagros).

En el punto II se analiza todo ese material evangélico, ya sea en sí mismo, ya sea contrastándolo con los textos no cristianos y con los del *Antiguo Testamento* sobre milagros.

Finalmente, en el punto III, el autor extrae —desde la perspectiva histórica y desde la perspectiva teológica— las consecuencias sobre los milagros de Jesús.

Un apéndice formado con fragmentos de la *Vida de Apolonio de Tiana*, de Filóstrato, cierra el libro.

El presente libro de J. I. González Faus no aporta novedades desde la vertiente estrictamente bíblica. González Faus no es ante todo un biblista. Quizás, por lo mismo, en el terreno bíblico debería pronunciarse con menos independencia y seguridad. Tampoco es ningún consumado

helenista. De serlo, no habría caído en la pretensión de creer que él es el primero en hacer llegar fragmentariamente al público de lengua castellana la *Vida de Apolonio de Tiana*, cuando resulta que en 1979 la Editorial Gredos la publicó íntegra en castellano.

No obstante, me parece que es de justicia reconocer el mérito de su libro desde el punto de vista de la interpretación teológica. Creo que es aquí donde se muestra la profundidad y solidez cristianas del teólogo J. I. González Faus. En este sentido, el capítulo 8 (*El mensaje de los hechos*) es el más rico y original. Ni que decir tiene que en esta interpretación de González Faus vuelve a emerger aquella mentalidad bíblica sobre el milagro, que se reseña al comienzo del libro, y según la cual «no es en lo paranatural ni en lo antinatural, sino en la profundidad última de lo natural, donde quizás debe ser buscada la explicación última de los milagros» (p. 154)

Eduardo MALVIDO

J. A. FITZMYER, *Catecismo cristológico (Respuesta del Nuevo Testamento)*, Ed. Sígueme, 1984, 159 pp.

Este librito llamado «catecismo» por razones comerciales comprende 20 respuestas a otras tantas preguntas de contenido cristológico hechas a partir del *Nuevo Testamento*. Las preguntas van más allá de la simple curiosidad; apuntan a temas cristológicos de primera magnitud, como la predicación de Jesús sobre el reino de Dios, el alcance de las narraciones de milagros, las palabras de Jesús a Pedro en Cesarea de Filipo, el relato de la concepción virginal de Jesús, qué se debe entender por resurrección de Jesús, etc.

Otra observación que engrandece a este librito es el tratamiento que el autor concede a temas tan importantes y delicados como los indicados: un tratamiento claro, breve, valiente, ponderado, con una seria fundamentación exegética.

Fitzmyer no presenta sus respuestas como producto de sus propias cavilaciones,

sino como resultado del esfuerzo común de los exégetas actuales y en consonancia con las directrices de la Comisión Bíblica (de la que transcribe en el Apéndice su célebre instrucción, de 1964, sobre la verdad histórica de los evangelios) y del Concilio Vaticano II.

Ya he dicho que el título de «catecismo» responde únicamente a fines de venta, ya que la disposición del material del libro como pregunta-respuesta no es un criterio válido como para definirlo como «catecismo». Tampoco convence la Bibliografía selecta —con títulos exclusivamente en inglés— para el público de lengua castellana, para un público, además, sencillo, que es el destinatario de este «catecismo».

Eduardo MALVIDO

David WATSON - Simon JENKINS, *Jesús entonces y ahora*, Ed. PPC, 1984, 189 pp.

Libro editado con primor: composición, clase de papel, fotografía, color, tipo de letra, formato..., todo está bien dispuesto para atraer y retener la atención del lector.

También debe ser elogiado el afán de poner el mensaje evangélico en hora con las circunstancias y los problemas propios del hombre del siglo xx. Asimismo, el lenguaje sencillo, claro y comunicativo es otro mérito del libro.

El contenido del mismo, sin embargo, deja mucho que desear. La lectura que se hace de Jesús del *Nuevo Testamento* es una lectura fuertemente tocada de positivismo bíblico. Es reveladora a este respecto la afirmación hecha en una de sus primeras páginas: «los cuatro *evangelios* nos dan el relato completo de las palabras, acciones y carácter de Jesús» (p. 12). El resto del libro responde de lleno a la mentalidad positiva en la interpretación del *Nuevo Testamento*.

Se olvida el hecho decisivo que en el libro señala Santiago Guijarro a propósito de los relatos de la infancia de Jesús y que es extensivo a todo el evangelio: «Hemos de comprender que se trata de una visión creyente de la infancia de

Jesús realizada desde la resurrección y desde la experiencia de que Jesús es la manifestación plena de Dios. Son una lectura hecha desde el final, desde el desenlace» (p. 18).

Al olvido de la resurrección como clave condicionadora que hace de los *evangelios* ante todo un testimonio de fe y que relativiza el alcance histórico de los mismos, se junta la insostenible concepción positivista de la resurrección y de los restantes acontecimientos escatológicos como otros tantos fenómenos físicos. No voy a entrar aquí a invalidar semejante concepción. Baste señalar el siguiente dato: apoyándose en los *Hechos de los Apóstoles* 1, 3 («Jesús se presentó a los Apóstoles después de su pasión dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo y, *apareciéndoles durante 40 días*, les habló del Reino de Dios»), se afirma en el libro que el Resucitado ascendió a los cielos a los 40 días después de haber resucitado. ¿Por qué no se nos dice que el mismo autor Lucas en su *evangelio* presenta las apariciones y la ascensión del Señor en el transcurso de un solo día? (cfr. *Lc.* 24, 1 s.). ¿Por qué callar que el *evangelio de Juan* cuenta las cosas como si resurrección y ascensión del Señor fuesen hechos cronológicamente inseparables? (cfr. *Jn.* 20, 17). ¿Por qué se presenta el relato de Lucas en los *Hechos de los Apóstoles* acerca de Pentecostés como la única versión cuando en el citado *evangelio de Juan* (cfr. *Jn.* 24, 21-23) el envío del Espíritu Santo a la Iglesia ocurre en el mismo día de la resurrección de Jesús?

Pienso que el esfuerzo editorial que, sin duda alguna, ha supuesto el presente libro se merecería una obra de contenido cristológico más sólido y valioso.

Eduardo MALVIDO

Joseph GEVAERT, *La dimensión experiencial de la catequesis*, Ed. Central Catequística Salesiana, 1985, 209 pp.

El título, escrupulosamente preciso, señala muy bien el contenido del libro: en él se estudia una realidad esencial de toda

catequesis —su dimensión experiencial—, incluyendo en esa experiencia la experiencia humana, la experiencia de los hombres bíblicos y la experiencia de la vivencia cristiana a lo largo de los tiempos, pero atendiendo de modo especial a la primera de las tres nombradas formas fundamentales de experiencia, a la experiencia humana.

En el capítulo I se lleva a cabo una exploración de la dimensión experiencial a través de la práctica catequística en los diversos ámbitos, también en el ámbito escolar. En los seis modelos de catequesis de la experiencia que el autor presenta y analiza, queda claro que la experiencia humana va en esos modelos más allá de la mera utilización didáctica y entra a formar parte del mismo contenido de la catequesis.

El capítulo II estudia más concreta y explícitamente la relación experiencia-catequesis. El autor habla del binomio experiencia-catequesis en términos de correlación, sirviéndose, para aclarar el alcance de dicha correlación, de las reflexiones elaboradas por P. Tillich, K. Rahner y E. Schillebeeckx. El autor se identifica sobre todo con los completos y matizados puntos de vista de E. Schillebeeckx.

Los capítulos III y IV desarrollan la experiencia humana dentro de la catequesis en su naturaleza específica y en sus manifestaciones privilegiadas de trascendencia.

Los capítulos V y VI tratan someramente —ya que no constituyen el centro de estudio del libro— de las otras dos formas fundamentales de experiencia en la catequesis —la experiencia bíblica y la experiencia eclesial—.

A la vista de la exposición precedente, es fácil adivinar la riqueza, la profundidad, la amplitud, el rigor... del contenido de este nuevo libro de J. Gevaert.

El autor simpatiza abiertamente con la interpretación existencial de la experiencia humana en la catequesis. Para él lo que cuenta sobre todo es la experiencia de la existencia humana en sus niveles más cargados de trascendencia, la experiencia en profundidad de la problemática perenne del ser humano..., con peligro de no valorar suficientemente la importancia

decisiva y la insoslayable incidencia del modo concreto, exterior, visible, cotidiano... de vivir del hombre del siglo xx. No hay que olvidar que el agua de superficie del río de la vida es la misma que la que discurre por la profundidad de su cauce. La trascendencia no sólo se da en la inmanencia, sino sobre todo —dada su realidad imperiosa— en la inmanencia insignificante de la moderna experiencia humana. Esto llevado al terreno de la enseñanza escolar significa que habrá que atender y revisar la metodología rutinaria —por donde discurre enmascarada una orientación individualista y competitiva de la vida— y no tanto los grandes objetivos educativos.

Respecto de la traducción al castellano del libro de J. Gevaert, hay que lamentar los italianismos en que incurre, ya sea en algunos términos, como «contributo» (por contribución), «mitizar» (por mitificar), «diversivo» (por distracción)..., ya sea en cuanto al régimen preposicional de ciertos verbos y sustantivos, como «si nos detenemos *al* solo aspecto de la deficiencia», «participación *al* año litúrgico», «han continuado *a* interpretar»...

Eduardo MALVIDO

VARIOS, *Puebla (El hecho histórico y la significación teológica)*, Ed. Sígueme, 1981, 359 pp.

O. González de Cardedal y J. L. Ruiz de la Peña han animado y dirigido la publicación del seminario en torno a Puebla 1979 que tuvo lugar del 10 al 14 de septiembre de 1979 en La Granda (Asturias), programado por la Escuela Asturiana de Estudios Hispánicos.

El estudio del acontecimiento de Puebla 1979 es abordado en la presente publicación desde distintos y complementarios puntos de vista: desde el frente institucional de América Latina (con las ponencias de A. Quarracino —secretario general del CELAM— y de M. Perdía —presidente de la CLAR—), desde el frente teológico de América Latina (con las ponencias

de L. Boff —de la facultad teológica de Petrópolis, Brasil— y de H. Alessandri —de la Universidad de Santiago de Chile—), desde el frente reflexivo del horizonte cultural español y europeo, y desde el frente de otras disciplinas reclamadas de modo perentorio por el acontecimiento histórico y cristiano de Puebla. Un balance del hecho de Puebla cierra el libro.

Todas las intervenciones reflejan el alcance extraordinario y singular que Medellín y Puebla han significado dentro de la vida de la Iglesia como un intento serio de aplicar en América Latina el espíritu y las orientaciones del Concilio Vaticano II. Pero en el seminario tenido en La Granda se trataba de evaluar el significado particular de Puebla. Y en este sentido yo destacaría las ponencias que corrieron a cargo de los representantes de América Latina en dicho seminario, tanto a nivel institucional como a nivel de reflexión teológica, ya que se ajustan mejor que las restantes intervenciones a la realidad concreta de Puebla 1979.

La verdadera novedad de Puebla respecto de Medellín consiste, en primer lugar, en el distinto contexto del continente que Puebla afronta: «En lo económico, el aumento constante de la brecha entre ricos y pobres, y el escándalo de la miseria en un continente que se dice cristiano. En lo socio-político, el aumento de la violencia y de las diversas formas de atropello a los derechos humanos (torturas, secuestros, desaparecidos). Además, un retroceso en las formas de participación a todo nivel especialmente marcado por la proliferación de regímenes de fuerza... En lo cultural, la penetración de la mentalidad y las ideologías secularistas» (pp. 86-87). En segundo lugar, Puebla se diferencia de Medellín en que el documento de Puebla ya no insiste tanto en poner término real y eficaz a la situación inhumana de los individuos y de los pueblos latinoamericanos, sino sobre todo en el modo de hacerlo, de acuerdo con la identidad cristiana y con la identidad propiamente latinoamericana. Este aspecto está claramente indicado en el texto

de Puebla, pero las mediaciones para conseguirlo no están nada claras.

Aquí es donde surgen las discrepancias entre los diversos intérpretes, particularmente entre L. Boff y H. Alessandri. Sobre este particular hay que decir que Puebla —al abrir una era en la que habrá que concretar el significado de esa iden-

tidad cristiana y latinoamericana de las mediaciones— constituye un paso considerable de avance respecto de lo iniciado en Medellín, y que el presente libro resulta de gran interés para entender la verdadera aportación histórica y teológica de Puebla.

Eduardo MALVIDO